

Jim Coté

EL LIDERAZGO

JESÚS

Principios de una vida exitosa...



Ediciones PUMA

Jim Coté

EL LIDERAZGO
DE
JESÚS

Principios de una vida exitosa...



Ediciones PUMA

EL LIDERAZGO DE JESÚS

Principios para una vida exitosa

© 2003 Ediciones Puma

Título Original: *Man Of Influence, Following the master, leaving a legacy*

2001 Jim Coté

Inter Varsity Press

Downers Grove, Illinois 60515, USA

Traducción: Adriana Powell

Carátula: Salomé Sánchez

Reservados todos los derechos

All rights reserved

Sin la autorización de los editores, queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Para las citas bíblicas se usó la Nueva Versión Internacional (NVI), 1999.

Editado y compuesto en el Perú por Ediciones Puma del Centro de Investigaciones y Publicaciones (CENIP)

Av. Arnaldo Márquez 855, Jesús María, Lima - Perú

Tel. (511) 330-3480

Fax (511) 423-2772

Apartado 441 Lima 100, Perú

E-mail: puma@infonegocio.net.pe

Hecho el depósito legal: Registro N° 1501132003-3933

ISBN 9972-701-33-6

Impreso en Perú

Printed in Peru

Sin duda, este libro está dedicado a Dios, mi Salvador, Señor y amigo, con el anhelo de que lo use para cumplir sus propósitos y dar honra a su nombre... ¡ése sería un resultado extraordinario de esta publicación!

También dedico este libro a todas las personas que han influenciado en mi vida en el pasado: mi padre, mis entrenadores, mis pastores y tutores, así como mis amigos. Además, lo dedico a todos los que lo leerán, para que, sin excepción, lleguemos a ser hombres y mujeres del Maestro.

Por último, lo dedico a mis tres hijos, quienes representan el futuro: Matthew, Daniel y Nathan. Ellos me han enseñado por qué es importante ser responsable; mi oración ahora es que ellos sigan desarrollándose como hombres de Dios, y que de esa manera se mantengan firmes en el Señor.

CONTENIDO

Introducción	7
1 Empezando en serio	15
2 La tentación: la prueba antes del triunfo	25
3 Misión: avanzar con una meta	43
4 Retiro: tiempos de silencio	57
5 Equipo: elegidos a medida	71
6 Impacto: habilidad encauzada para Dios	85
7 Cambio: flexible pero no rompible	99
8 Rigidez: reglas, sin amor	115
9 Decisiones: cómo tomar bien las más importantes de ellas	133
10 Integridad: poner en práctica la ética	145
11 Compromiso: asumir responsabilidad	159

INTRODUCCIÓN

Se pregunta, a veces, si tomó la decisión correcta en cuanto a cómo invertir su propia vida. Cierta ocasión, mientras leía el diario, me puse a pensar en cuál sería la mejor definición de la expresión *valor neto*. En los últimos años, en algunos países se observaron incrementos excepcionales en las cifras de la bolsa de valores; la economía en crecimiento engordó las billeteras en esas regiones. En todo el mundo los deportistas negocian contratos cada vez más grandes y succulentos. Pero, ¿qué de las inversiones menos tangibles? Aquellas personas que invierten en las necesidades y el desarrollo humano, ¿cómo saben si sus esfuerzos menos tangibles están generando provecho y rindiendo ganancia? En otras palabras, ¿se puede medir el valor de una vida con parámetros no cuantificables, y evaluarla por otros valores que no sean los económicos?

Ya hace años que los titulares están dominados por la expansión económica y tecnológica, así como por las personas, los programas de comercialización y las tasas de interés que han mantenido esto en marcha. Los héroes actuales son, en última instancia, aquellos que han estado al frente del desfile del proceso financiero que caracterizó a la última década del milenio que hace muy poco finalizó.

Visto así, ¿es errónea o ingenua la decisión de invertir en personas, especialmente si entra en conflicto con la oportunidad de crecer en sentido material? Mientras el mundo se esfuerza por avanzar financieramente, la cuestión que me inquieta es: ¿Cuál es la suprema oportunidad de la vida? ¿cuál es el valor que excede a todos los demás, de tal manera que su búsqueda garantice la satisfacción de haber invertido bien la vida y no tener nada que lamentar?

Mientras leo los titulares acerca de la gente que hoy tiene éxito, y reflexiono sobre este gran interrogante del propósito, la producción y la calidad, mis pensamientos vuelan hacia atrás, hacia alguien que murió en bancarrota a pesar de ser una de las personalidades más respetadas del siglo XX.

Alvin York, héroe estadounidense de la primera guerra mundial, tuvo ante sí posibilidades ilimitadas de incrementar sus ingresos aprovechando comercialmente sus hazañas militares; sin embargo, murió casi en la indigencia. No fue porque despilfarrara su fortuna, sino porque la repartió; su concepto de riqueza se medía por la cantidad de personas a las que podía ayudar y no por la acumulación de dinero alcanzado durante un lapso de mucho éxito. York se negó a vender su uniforme y a sacar provecho de los resultados de la protección providencial que Dios le dio durante la guerra. York sentía que aprovecharse económicamente de esas hazañas, cuando muchos otros soldados estadounidenses habían muerto haciendo lo mismo que él —al fin de cuentas, su deber—, era igual que saquear tumbas. York nunca se consideró un héroe,¹ sino sólo un soldado obediente, y por eso prefirió ayudar a los necesitados sin vender su alma a los agentes de la bolsa; este enfoque era para él un llamado más elevado y una empresa más noble. Conociendo su propia tendencia a errar y reconociendo la enorme tentación que le traerían la fama y la fortuna, York intencionalmente rehusó ser parte de películas, libros o endosos lucrativos. Concentró su esfuerzo en la fundación de un instituto de educación sin fines de lucro para los niños pobres y

analfabetos en la zona rural de su estado provincial, Tennessee. Alvin York pasó toda su vida reuniendo dinero para sostener ese instituto. Rara vez cobró un salario y murió sin haberse rodeado de las comodidades que brinda el éxito material. Sin embargo, la nación entera hizo duelo en su funeral. Más de ocho mil personas se reunieron a rendirle tributo junto a su tumba, incluyendo al gobernador de Tennessee y a otros altos funcionarios.

¿Tuvo York una vida exitosa? ¿fue una vida bien invertida? ¿con qué parámetros medimos el valor de una vida? Supongo que por los valores que esa vida refleja y proyecta hacia el futuro. En el caso de York, estos valores fueron la honestidad, la diligencia, la compasión y la atención directa a las personas impotentes y desesperadas.

¿Qué de los valores que imperan hoy? ¿cómo evaluamos el éxito de una vida bien invertida? Recientemente la empresa líder de la informática, Microsoft, fue sancionada por un juez federal por considerarla una empresa monopólica, culpable de sofocar las posibilidades de innovación y las oportunidades de sus competidores, con lo cual daña tanto a los competidores como a los consumidores que adquieren sus productos. ¿Cuál fue la reacción de Wall Street ante la actitud cobarde de esta empresa? Casi no hubo reacción. Microsoft se sacudió de encima la mala noticia; sus acciones apenas perdieron unos puntos, para luego volver a trepar en la tabla de beneficios para sus inversores. ¿A qué se debe esto? ¿Acaso no nos importan la integridad, el juego limpio, la competencia honesta? ¿Hemos sacrificado esas virtudes esenciales a cambio de los resultados más llamativos que brinda una cartera de acciones ganadoras, y los beneficios materiales que nos producen? ¿Queda algún Alvin York entre nosotros?

¿Cuál es el valor de la vida? ¿con qué propósito debiera uno vivir? ¿cuáles son los resultados que quiero obtener? ¿cómo puedo invertir mis años de existencia para que al llegar al final pueda sentirme satisfecho con el esfuerzo, el proceso, el progreso y los

resultados? Cuando todo esté dicho y hecho, ¿cómo puedo garantizar que al volver la vista atrás no tendré de qué lamentarme? Dicho en pocas palabras, depende de mí mismo. Y usted: ¿cómo quiere ser recordado? ¿qué legado quiere dejar? ¿qué efecto residual puede llevarse de esta vida? ¿cómo puede ser alguien que deja una huella?

Para mí, la respuesta es: *personas*. La mejor empresa que puedo emprender es la que toma en cuenta lo que es mejor para otros. Este empeño requiere de mí un esfuerzo continuo y constructivo para emplear mis dones, mi experiencia, mi recursos y relaciones para ayudar a otros a dar lo mejor de sí mismos. Si puedo hacer que la existencia de otra persona llegue más alto de lo que hubiera llegado sin mi participación, entonces mi existencia ha servido para algo más que para elevarme a mí mismo. Sea en una empresa con fines de lucro o sin ese fin, si lo que yo hago contribuye a la calidad de vida de otros de una manera significativa y duradera, entonces el valor de mi vida se multiplica por el de todos aquellos a quienes he aportado algo. Ésa es una buena inversión. Y si lo que hago ayuda a otros para que ellos a su vez reiteren ese esfuerzo altruista, mi influencia se multiplica aún más. Sin duda, a lo largo del proceso, mis propias necesidades encontrarán satisfacción; pero, cuando mi vida empieza a declinar, tendré la satisfacción de dejar atrás un mundo mejor, una hueste de amigos afectuosos y un legado que me sobrevivirá a mí, a mis vehículos y a mi costoso equipo de pesca.

La mayoría de los hombres con quienes me encuentro anhelan algo similar para sí mismos. Pregúntele a un amigo, cuando esté solo y hablando en serio, qué quiere hacer con su vida; estoy seguro de que le responderá: “Quiero dejar una huella.” Incluso los hombres jóvenes con quienes me encuentro, que todavía tienen que pasar por el proceso de darse cuenta de que el éxito y la acumulación de bienes no dan verdadera satisfacción, responden que quieren hacer dinero, ganar una posición y tener un lugar de

mando desde donde puedan ayudar a otros. ¿Por qué, entonces, son tantos los que se descarrilan? ¿a qué se debe que el idealismo de los hombres jóvenes pierda rumbo y se encamina hacia el progreso personal, el enriquecimiento y el éxito? ¿y por qué la mayoría de los hombres de mediana edad están todavía buscando en qué poner el corazón a fin de usar los años que les quedan, sus dones y energías, para algo más trascendente que su interés personal?

Creo que se debe a que la mayoría de los hombres carece de un paradigma, de alguien que encarne sus ideales más elevados y los inspire a esforzarse con valentía para alcanzarlos. Necesitamos ver a un hombre que modele los rasgos de una vida noble en medio de las presiones y tentaciones de una existencia cotidiana corriente; pero lo cierto es que no tenemos un modelo al cual seguir. Pocos hombres tienen el éxito suficiente como para generar confianza, crear coraje e inspirar la perseverancia necesaria para seguir hacia adelante sin claudicar en el difícil intento de vivir a contramano de la cultura y de nuestra naturaleza humana. Después de todo, muchos de los líderes en la actualidad están tan extraviados como sus seguidores.

Si usted está de acuerdo conmigo en lo que he dicho hasta aquí, no se desespere. Creo que he encontrado un modelo o paradigma que le gustará.

Antes, quiero decirle que me ha sucedido algo extraño en los últimos veinte años: he empezado a amar a las personas. No fue siempre así, pero empecé a amarlas por efecto de alguien que encarna el amor. Su nombre es Jesucristo. La historia de su vida está registrada en un libro conocido como la Biblia. Su estilo de vida fue similar al que describí más arriba, la vida del sargento York, si bien la vida de Cristo fue superior. Él representa de manera perfecta una vida invertida sin desperdicio, una vida entregada a los demás, consagrada a prestar atención a otros, a enseñarles y a ayudarlos a elevarse en sentido espiritual, emocional, físico y

relacional. Murió sin una moneda, pero no ha sido olvidado. Su existencia trastocó al mundo entero.

Piense en el ejemplo perfecto de este hombre totalmente desprendido. Casi dos mil años después de su muerte, sigue siendo la persona más venerada de la historia. El calendario está organizado en torno a su nacimiento, y ese día es celebrado internacionalmente. Además de todo lo que hizo y por lo que dio su vida, uno de los logros prácticos más notables es que enseñó a hombres y mujeres cómo tratarse unos a otros con dignidad y respeto, y esto produjo una comunidad transformada y más tarde, una sociedad transformada. Nadie que lo haya conocido íntimamente dejó de ser profundamente influenciado por él; sus seguidores imitaron con gusto su estilo de vida, y consagraron su existencia a ayudar a otros a encontrar una vida mejor.

Este mismo proceso de influencia moral sigue ocurriendo en la actualidad, generación tras generación desde que Él vivió. Supongo que eso prueba que Jesucristo hizo una buena inversión de su existencia, porque el efecto acumulativo de su filosofía de vida y su comportamiento sigue creciendo dos mil años más tarde. Por ese motivo, creo que comprobará —una vez que lo conozca verdaderamente— que es una persona sumamente inspiradora y con quien vale la pena relacionarse.

Ésta es la filosofía que quiero seguir. Es su vida la que quiero imitar. Yo no estoy listo para morir o para quedar en la quiebra, ni estoy promoviendo un sacrificio tan radical. Pero sí quiero lograr un efecto significativo y duradero en la vida de otros, y quiero ser recordado por lo que di, no por lo que conseguí. Quiero dejar un legado. Quiero ser un hombre que haya influenciado a otros de una manera perdurable.

Cuando comparo la alternativa de perseguir un progreso financiero ilimitado, por el solo beneficio de mi propia satisfacción, con la opción de usar mis recursos para mejorar la calidad de vida de los más necesitados, elijo lo segundo.

Una vida dedicada a hacer lo correcto por las razones correctas no es una vida perdida; es una vida realizada. Cualquiera que haya tomado la decisión de vivir de manera noble, ha tomado la decisión correcta, aun si no le permitió adquirir una fortuna. Y aún más gratificación da pensar que, de hoy en adelante, podemos dedicar nuestra vida a algo más significativo que el éxito individual. Todavía podemos invertir nuestra vida con provecho.

He aprendido mucho de este influyente maestro llamado Jesús. También he tenido el privilegio de enseñar a otros lo que él me ha estado enseñando. Quiero seguir siendo un discípulo y un practicante, porque hay mucho para aprender y hacer. En los capítulos que siguen, de hecho, me propongo revisar diez principios de una vida exitosa, tal como descubrimos en el ejemplo del Maestro. Lo invito a sumarse a esta expedición educativa y a comprobar por sí mismo el resultado: finalmente seremos mejores como personas y también más capaces de ayudar a nuestro mundo a mejorar un poquito. Adelante, entonces...

Notas

- 1 La cultura moderna consagra demasiado rápidamente a un héroe, al punto de que esta palabra ha perdido su significado. Consideramos héroe a un deportista exitoso, a un político honesto. Las personas que devuelven billeteras con dinero son consideradas héroes. Como observó Florence King, lo único que hace falta hoy para transformarse en héroe en los Estados Unidos es caerse en un pozo y sobrevivir para contarlo.

No puede haber héroes si no hay absolutos. "Los verdaderos héroes no se definieron nunca, y tampoco se definen ahora, por el grado de éxito alcanzado; no lo son por hacer algo que de todos modos deberían hacer aunque la mayoría de la gente no lo hiciera; y, salvo casos de excepción, no llegan a serlo por algún momento de coraje inspirador. Más bien, héroes son aquellas personas que han recibido la bendición y la carga de una visión de Dios para mejorar el mundo, lo cual los lleva a hacer un sacrificio consciente, voluntario y radical, y lo hacen sin vacilación ni queja alguna." (John Perry, *Sgt. York: His Life, Legend & Legacy*, Nashville, Broadman & Holman, 1997, p. 331.)

Capítulo 1

EMPEZANDO EN SERIO

La vida de todo hombre y mujer queda marcada por la vida de Jesucristo, aun si no se lo propone. En una ocasión, escuché a una periodista en la emisora nacional informar sobre el hallazgo de antiguos artefactos en China. Cuando la mujer los ubicó cronológicamente, lo hizo con relación al nacimiento de Cristo. ¿No es irónico? Una periodista no cristiana, *imparcial*, necesitó referirse a la figura religiosa más conocida en el mundo para poder dar esa información de una manera precisa. De hecho, todos lo hacemos. Nuestros calendarios y los datos que anotamos en la parte superior de los cheques registran la fecha en relación con el nacimiento de Cristo. La misma semana en la que escuché esa noticia en la radio, visité un parque nacional cerca de nuestra casa, en Carolina del Norte. Cuando le pregunté cuándo se podía visitar el parque, me resultó gracioso que el guardaparque me informara que estaba abierto todos los días del año, excepto en Navidad. ¿Cómo es eso? Un gobierno famoso por su estricta protección de la “muralla que separa a la iglesia del Estado”, no obstante toma la fecha del nacimiento del fundador de la Iglesia como su único feriado nacional. No importa cuánto se esfuerce alguien por tratar

de negar el increíble impacto de la vida del carpintero de Nazaret, él o ella probablemente terminarán enfrentados con el hecho de que la influencia de Jesucristo sigue vigente hasta hoy. Las huellas de sus pasos parecen estar por todas partes, desde la orientación de nuestros almanaques hasta el contenido de nuestros códigos morales, pasando por frases que todos usamos, como “haz a otros lo que quieres que te hagan”, “busca y hallarás”, o aquella famosa cita que equivocadamente se atribuye a Abraham Lincoln: *Todo reino dividido contra sí mismo quedará asolado* (Mt. 12.25).

Este soliloquio titulado “Una vida solitaria” lo dice con mejores palabras:

Nació en una oscura aldea, hijo de una mujer campesina. Creció en otra aldea, donde trabajó como carpintero hasta la edad de treinta años. Luego enseñó, predicó el evangelio y sanó toda enfermedad y toda dolencia. Nunca escribió un libro. Nunca tuvo una oficina. No estableció una familia ni poseyó una vivienda. No fue a la universidad. Nunca visitó una ciudad grande. Nunca viajó a más de 320 kilómetros del lugar de su nacimiento. Nunca hizo ninguna de las cosas que generalmente se asocian con la grandeza. Jamás presentó credenciales, porque no las tenía; Él era su propia credencial. Había llegado apenas a los treinta años cuando la corriente de la opinión pública se volvió en su contra. Sus amigos huyeron. Fue entregado a sus enemigos y sometido a la farsa de un juicio. Fue clavado en una cruz, entre dos ladrones. Mientras agonizaba, sus verdugos echaban suertes sobre sus ropas, única propiedad que tuvo en este mundo. Cuando murió, fue depositado en una tumba prestada, gracias a la piedad de un amigo. Han pasado casi veinte siglos, y ahora es la figura central de la raza humana y guía del progreso de la humanidad. Si se sumaran todos los ejércitos que han marchado, todas las escuadras navales que han navegado, todos los parlamentos que han sesionado y todos los reyes que han reinado, su impacto en la existencia del ser humano sobre esta tierra sería menor que el que obtuvo esa sola existencia.¹

Si estas afirmaciones son veraces, si Jesús es realmente la persona más influyente de la historia, entonces mi curiosidad me lleva a

preguntar: “¿Cómo lo logró?” ¿Con qué poder, o con qué plan pudo alcanzar una existencia tan significativa? Si descubro esa estrategia, ¿puedo usar los mismos métodos para garantizar que mi vida tenga tal impacto en el mundo que atraiga la atención de las generaciones futuras?

La respuesta, como he descubierto, es *sí*. Si vivo en la manera en que Jesús vivió, mi existencia puede influir en las generaciones siguientes. Además, su vida efectivamente siguió un método que era intencional, inteligible e imitable. Su capacidad provino de un poder superior que le permitió elevarse por encima de la mediocridad de la sociedad, para colocarse en una posición de inigualada efectividad y eficiencia.

Por supuesto, Él es el Hijo de Dios, pero sus rasgos humanos pueden ser imitados, y, lo que me alienta aun más, Jesús revela que el poder que tuvo está también a nuestro alcance. El único requisito para quienes tengan interés es la sencilla invitación que una vez se le hizo a un hombre llamado Natanael: *Ven y ve* (Jn. 1.46).

Es decir que se nos ofrece una oportunidad singular que tiene implicancias inusuales. Se nos da la ocasión de observar a Jesús y aprender de su ejemplo. Si lo hacemos, tenemos su promesa de que nos investirá de poder al punto de que nuestra vida, efectivamente, empezará a reflejar la de él, en calidad, influencia y resultados.² Aceptemos su ofrecimiento. Observemos de manera directa las experiencias de su vida, a partir del relato cronológico, histórico, realizado por un médico llamado Lucas. Este relato nos permitirá ver cómo empezó Jesús, qué hizo, cómo lo hizo, con quién se vinculó y cuál fue el resultado que obtuvo.

Empezaremos nuestra reseña de esta valiosa existencia corriendo el telón en la escena en que Jesús se inicia en la tarea a la que dedicará su vida. Jesús era un predicador itinerante llevaba un mensaje de liberación espiritual. La historia acerca de su vocación comienza sobre las riberas del río Jordán, en Palestina, durante un servicio de bautismos llevado a cabo por un líder de renovación

nacido en la zona, conocido como Juan el Bautista. Este relato, que se encuentra en el libro de Lucas, en el Nuevo Testamento, se reconoce como una reseña completa y fidedigna. Nos introducimos en la historia en el capítulo tercero.

En el versículo 3, leemos parte de la prédica de Juan, donde pone en evidencia el tema y la importancia del ministerio de Jesús: “Juan recorría toda la región del Jordán predicando el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados.”

Esas pocas palabras nos dicen mucho acerca del clima espiritual que rodea a este acontecimiento. Al parecer, había una indiferencia generalizada hacia el carácter destructivo de la mala conducta (pecado). Juan se sintió movido a predicar justamente por el hecho de que la gente ignoraba el descontento del Creador hacia la población y pasaba por alto su exigencia de un cambio de actitud.

Por supuesto, la transformación de la conducta (arrepentimiento) sólo puede ocurrir si previamente se produce una transformación del corazón. En la sociedad judía del siglo 1, la evidencia de un corazón transformado era el ritual religioso del bautismo (el lavamiento ceremonial). La gente no se mete vestida en las frías aguas de un río a menos que esté convencida de que ese acto tiene alguna importancia para su vida. Por ese motivo, el bautismo era una confirmación litúrgica religiosa que se usaba en Israel para documentar una nueva condición en la vida de un creyente en Dios.

Leemos allí que muchas personas se acercaron a Juan ese día requiriendo de él este acto purificador. Pero la persona más notable que entró en el río fue Jesús. Él era el largamente anhelado Mesías de Israel, aquel a quien esperaban como salvador, libertador y rey del pueblo de Dios (Miq. 5.2-5).

Juan fue advertido de la llegada de Jesús mediante un sueño, pero aun así Juan acató a Jesús cuando éste le pidió que lo bautizara.³ Juan sabía que Jesús no necesitaba el lavamiento ritual, porque la

vida y el corazón de Cristo eran perfectos, sin pecado. Pero Jesús quería someterse a la sagrada ordenanza de la ley mosaica (el código religioso de Israel), para servir de ejemplo para otros. De modo que, ante la insistencia de Jesús, Juan lo bautizó. Sin embargo, lo que ocurrió luego fue algo sumamente inusual, que, además, no volvió a repetirse. Lucas describe que, primero, el cielo se abrió y descendió sobre Jesús una paloma (símbolo del Espíritu de Dios). Segundo, se oyó desde las alturas la voz de Dios declarando que este Jesús era su Hijo (legítimo heredero del trono de Dios), y que Él, su Padre celestial, estaba plenamente complacido con la relación, el papel y la reputación de su Hijo.

Esto fue algo sumamente inusual. ¿Y entonces? ¿Qué relación tiene esto conmigo? Todo se realciona conmigo, si quiero vivir una vida influyente, significativa y provechosa. Este acto es algo por el cual todos tenemos que pasar, si hemos de ser aceptados en la fraternidad de Cristo, algo que algunos llaman hacerse cristiano.

A diferencia de Jesús, todos tenemos abundantes manchas en nuestra vida; y todas estas manchas particulares (malos actos) surgen de una mancha esencial en el corazón, que es nuestro generador moral. Si nuestro generador moral es íntegro, hacemos el bien; si no lo es, no podemos sino errar. Esto ocurre simplemente porque somos humanos; es natural comportarnos así. De hecho, la Biblia reconoce la universalidad del pecado⁴ e incluso brinda una explicación acerca de por qué pecamos.⁵

Pero el punto central es éste: para contar con un generador moral saludable precisamos un corazón limpio —necesitamos ser lavados. Necesitamos un bautismo espiritual. Juan el Bautista simbolizaba este lavamiento interior e invisible sumergiendo a la gente en un río. La realidad sigue siendo la misma. Con o sin agua, lo que necesitamos es un corazón limpio, y este sólo lo puede dar Dios. Sólo Él tiene el poder para perdonarnos, y el derecho de hacerlo, puesto que la penalidad por nuestras faltas ya fue pagada por otra persona, por alguien que se llama Jesús.

Tal vez me estoy adelantando, pero permítame decirlo ahora. Jesucristo, el Hijo de Dios, vino a la tierra con este propósito específico: pagar la sentencia que pesaba sobre nosotros. El pecado es una deuda hacia nuestro Creador, quien es santo, sin pecado. El mal va en contra de su naturaleza y provoca su disgusto. Es más, tal como nos fue advertido⁶ y reiterado en las Escrituras,⁷ la paga del pecado es la muerte.

Así, Jesús, que no tenía pecado ni culpa, cumplió esa sentencia por todos nosotros, cuando recibió el castigo de parte de Dios, el Padre, al ser crucificado en un madero romano en el año 34 d.C. Tres días después, se levantó de la muerte, por el poder del mismo Espíritu dador de vida que se había posado sobre sus hombros el día de su bautismo.⁸ Ahora promete dar ese mismo Espíritu vivificante y ese poder a todos aquellos que creen que murió específicamente por ellos.⁹

Cuando de veras creemos, recibimos todas las bendiciones y beneficios que Dios originalmente dio a la raza humana.¹⁰ Por supuesto, como Jesús jamás pecó, nunca perdió las bendiciones y beneficios de tener una comunión perfecta con el Padre celestial, lo cual explica por qué ese Padre exclamó a viva voz su complacencia con el Hijo. Esto nos remite a usted y a mí. Esos tres sucesos deben ser parte de nuestra experiencia antes de embarcarnos en la travesía con el Maestro. Jesús no es realmente nuestro Señor mientras rechazamos su ofrecimiento de perdonar nuestros pecados y darnos un corazón nuevo. Además, nunca tendremos el poder necesario para seguirlo e imitarlo a menos que estemos hechos de la misma sustancia espiritual.

Si no tenemos su Espíritu en nuestro corazón, no tendremos oportunidad alguna de llegar a ser hombres de Dios. Podemos intentarlo, pero fracasaremos miserablemente porque antes necesitamos ser transformados espiritualmente mediante un nuevo nacimiento (un corazón nuevo), que obtenemos al creer en Jesús. No hay ningún otro camino.

Quizás esta propuesta parezca extraña en un primer momento, pero tal vez la siguiente historia illustre cuánta vigencia y relevancia hay en ella:

Hace unos veinticinco años, un hombre joven que acababa de cumplir los dieciocho años asaltó un local de una cadena comercial, en Louisiana, fue detenido y encarcelado, y se estableció una fecha para el juicio. Sin embargo, su madre tenía otros planes. Era una mujer desesperada, con un pasado penoso, que usó para apelar a la corte durante el juicio. Rogó al juez que concediera clemencia a su hijo. Al parecer, el muchacho era el mayor de ocho hermanos, y el más pequeño tenía apenas unos meses. Aparentemente, la tensión y el esfuerzo de mantener una familia tan numerosa había deteriorado al padre, y éste se marchó dejando a la madre sola con la responsabilidad de mantenerse a sí misma y a los niños. La vida resultaba muy difícil. Ella lavaba ropa para ganar algo de dinero y su hijo de dieciocho años trabajaba en una estación de servicio a fin de ayudarla a pagar las cuentas. No querían someterse a la humillación de acudir a la beneficencia estatal, y carecían de la capacitación necesaria para romper el círculo de la pobreza.

Luego ocurrió lo peor. El bebé enfermó y necesitaba atención médica. Como carecían de dinero para médicos o medicina, el hijo mayor entró en pánico, tomó el rifle de su padre y asaltó un local comercial. Al parecer, la única opción que le quedaba a esta mujer era suplicar al buen juez, que había sido su compañero durante la secundaria, para que dejara en libertad a su hijo. “El muchacho no tiene antecedentes, ni siquiera una infracción de tránsito. Cometió un error estúpido —argumentó la mujer—. Nadie fue herido, y el móvil era justo.”

Muy pronto recibió respuesta del juez. Éste conocía a la familia y comprendía la situación. De hecho, el joven lo había atendido varias veces en la estación de servicio. No obstante, explicó que estaba sujeto a las leyes y a la jurisdicción del estado de Louisiana, y que había jurado respetarlas. Le garantizó un juicio justo pero también

le recordó que el muchacho debía pagar por su delito (su falta) tal como la ley establecía.

Llegó la fecha del juicio y el joven fue declarado culpable. Como era su primera falta, podía salir con libertad condicional, pero para ello debía pagar dos mil quinientos dólares —una suma inmensa para su familia. Si no pagaba la fianza le correspondería por lo menos seis años de cárcel. Cayó el mazo y el joven fue sentenciado.

En ese momento, el juez hizo algo notable. Se levantó de su asiento, se quitó la toga, se dirigió al alguacil y, extrayendo una chequera, le dijo a éste que pagaría la fianza del muchacho. Y así lo hizo: extendió un cheque personal de dos mil quinientos dólares y el joven salió en libertad.

¡Qué increíble! ¡Cuánta generosidad! ¡Qué juez tan misericordioso! Éste fue un acto de mucha lucidez, porque satisfizo las exigencias de la ley sin perjudicar a la parte arrepentida. Esto es exactamente lo que Jesús hizo por usted y por mí.

El Padre celestial, que es santo y tiene reglas de conducta que exigen retribución en caso de ser quebrantadas, es igual a ese juez. Él también debe sostener la jurisdicción de su posición, porque, si no lo hace, teóricamente debería renunciar a ella. ¿Qué hacer, entonces? De acuerdo con la ley de Dios, la penalidad del pecado es la muerte física y espiritual, algo que bíblicamente implica *separación*. Todos hemos quebrantado esa ley, y todos experimentamos esta alienación. Pero, por su amor y su generosidad, Dios pagó la fianza por medio de la persona de su Hijo, quien murió en nuestro lugar ese ominoso viernes en el año 34 d.C. Como consecuencia, nosotros quedamos en libertad; es decir, si aceptamos su acto en nuestro favor.

Es tan sencillo que la mayoría de la gente no lo capta. Es tan profundo que todavía me asombra este acto tan maravilloso, no obstante hace ya treinta años que acepté este pago que Cristo hizo por mí.

Repitámoslo:

1. Todos necesitamos reconocer nuestras faltas y arrepentirnos de ellas, dar la espalda al mal y volvernos hacia Dios.
2. Todos necesitamos ser limpiados, y para ello debemos confiar en la muerte de Cristo, con la cual pagó por nuestros pecados.¹¹
3. Cuando lo hacemos, recibimos la presencia y el poder del Espíritu de Dios, quien nos capacita para vivir para Dios y complacerlo, tal como hizo Jesús.

¡Qué ofrecimiento increíble! ¡Qué oportunidad de cambio radical en la vida! Si usted todavía no se inició en el cristianismo, ¿por qué no hacerlo ahora, simplemente diciéndole a Dios que cree en El y lo recibe en su vida, como consecuencia de las tres afirmaciones enumeradas más arriba? El futuro de su vida depende de esa decisión.

Notas:

- 1 James Allan Francis: *The real Jesus and other sermons*, Judson Press, Filadelfia, 1926, p. 123.
- 2 “Ciertamente les aseguro que el que cree en mí las obras que yo hago también él las hará, y aun las hará mayores, porque yo vuelvo al Padre” (Jn. 14.12). Ver también Juan 20.21–22 y 2 Corintios 2.14; 3.5; 4.7; 5.17.
- 3 “Un día Jesús fue de Galilea al Jordán para que Juan lo bautizara. Pero Juan trató de disuadirlo. —Yo soy el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? —objetó” (Mt. 3.13–14).
- 4 “Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios” (Ro. 3.23).
- 5 “Por medio de un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por medio del pecado entró la muerte; fue así cómo la muerte pasó a toda la humanidad, porque todos pecaron. Antes de promulgarse la ley, ya existía el pecado en el mundo. Es cierto que el pecado no se toma en cuenta cuando no hay ley; sin embargo, desde Adán hasta Moisés la muerte reinó, incluso sobre los que no pecaron quebrantando un mandato, como lo hizo Adán, quien es figura de aquel que había de venir” (Ro. 5.12–14).

EL LIDERAZGO DE JESÚS

Principios de una vida exitosa...

En el mundo dominado por la ideología del mercado y el pragmatismo, muchos buscan saber, ¿qué es una buena inversión? Muchos también quisieran algo más que un sólido plan de retiro, y ser recordados por lo que fueron antes que por lo mucho que acumularon. Pero, ¿Cómo lograr eso? ¿cómo dejar un legado de valor duradero? ¿Cuáles son las oportunidades más importantes de la vida? ¿Cómo se evalúa el valor de una vida bien invertida? Jim Coté piensa que nuestra mejor apuesta es mirar a quien ha ejercido más influencia en la historia universal como ningún otro, Jesús, el maestro que nos muestra cómo tener un impacto duradero en la vida de muchos.

En este libro el autor analiza el carácter, el estilo de vida y las prioridades que Jesús enfatizó durante sus años de ministerio público, como ejemplo de cómo vivir una vida de valor duradero, cómo llegar a ser personas de influencia, cómo invertir los años de existencia de tal modo que al final sintamos satisfacción con el esfuerzo, el proceso y los resultados. El libro provee, a la luz del *Evangelio de Lucas*, una perspectiva fresca acerca de cómo encarar los grandes desafíos del liderazgo cristiano desde una aproximación positiva, integrada y equilibrada.

Jim Coté. Es graduado en administración de negocios de LeTourneau University, ha servido en el directorio del Compañerismo de Atletas Cristianos e Impacto Mundial, es integrante del equipo de capellanes de Motor Racing Outreach en Charlotte, Carolina del Norte. Es coautor (con William Hendricks) de *On the Road Again*.



Ediciones PUMA

ISBN: 997270133-6



9 789972 701337